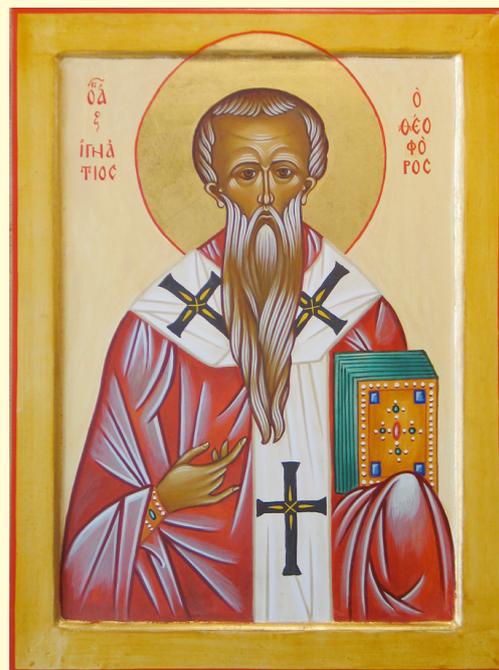


RESEÑA BIOGRÁFICA

Eusebio de Cesarea en una página de su *Historia eclesiástica* (3, 36) sintetiza lo esencial de todo lo que nosotros conocemos de Ignacio, segundo obispo de Antioquía después de Pedro; ocupó el encargo en la época del emperador Trajano, es decir, en los primeros años del s. II, y fue martirizado en Roma. Arrestado por ser cristiano durante una breve persecución, fue enviado de Siria a Roma para ser arrojado a las fieras en el circo. Por tierra y por mar, el viaje, que se desarrolla junto con otros condenados bajo la escolta de una tropa de soldados (llamados *leopardos* por Ignacio), tuvo etapas en Filadelfia, en Lidia (Asia Menor) y, después, en Esmirna, donde el obispo fue acogido por la comunidad cristiana local y entró en estrecho contacto con su joven compañero, Policarpo. Allí llegaron varias delegaciones de comunidades asiáticas para saludar al obispo de una sede tan importante y futuro mártir de Cristo: entre ellas estaban las de Éfeso, Magnesia y Tralles, presididas por sus respectivos obispos. Estas comunidades pasaban por diferentes dificultades, e Ignacio, sin duda por la invitación de los delegados, se prodigó en consejos y advertencias; incluso, cuando estas delegaciones regresaron a sus sedes, él, continuando su estancia en Esmirna, consideró oportuno poner por escrito sus intervenciones y por ello envió una carta a cada una de las tres comunidades, y otra a la Iglesia de Roma, la única con fecha (24 de agosto). Continuando el viaje, Ignacio, que ahora estaba acompañado por Burro, diácono de la Iglesia de Éfeso, hizo otra etapa en Tróade, desde donde escribió a las comunidades de las etapas precedentes, Filadelfia y Esmirna, y una carta personal a Policarpo; también hubiese querido escribir a las demás Iglesias de Asia, para anunciar el fin de la persecución en Antioquía, pero una repentina orden lo hizo embarcar para llegar a Neápolis en Macedonia, donde comenzó el viaje por tierra, seguramente a lo largo de la vía Egnacia, que, pasando por Filipos, lo llevó a Durrës, donde la comitiva nuevamente se embarcó hacia Roma. Ireneo de Lyon (*Adv. haer.* 5, 28, 4) y Orígenes (*Hom.* Lc. 6,4) nos informan de que Ignacio fue arrojado a las fieras. Dado que, desde hacía algunos decenios, ya existía en Roma el Coliseo, puede suponerse que allí se consumó su martirio, pero tan sólo se trata de una conjetura. La Crónica de Eusebio fija la fecha en el décimo año del reinado de Trajano, es decir el 107, pero esta fecha sólo puede tenerse en cuenta aproximadamente. (M. Simonetti)



ECO DE LA LITURGIA

En verdad es justo y necesario darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, y cantar tu grandeza, que brilla de modo admirable en el mártir Ignacio. Para expresar con las obras la verdad del nombre cristiano aceptó gozoso el sangriento ocaso de su existencia terrena, seguro de resurgir libre y victorioso tras los tormentos y de renacer en ti a la vida del cielo. Tanto le cautivó el Señor crucificado, único amor suyo, que ninguna fuerza en el mundo pudo disuadir a este fiel discípulo de buscar al maestro divino como modelo y premio de su martirio. (Prefacio, MA II, 449)

A TRAVÉS DE SUS CARTAS MUESTRA SU ALMA :

Sé que tenéis sentimientos irreprochables e inmovibles, a pesar de vuestros sufrimientos, y ello no sólo por vuestro esfuerzo, sino también por vuestro buen natural: así me lo ha manifestado vuestro obispo Polibio, quien, por voluntad de Dios y de Jesucristo, ha venido a Esmirna y se ha congratulado conmigo, que estoy encadenado por Cristo Jesús; en él me ha sido dado contemplar a toda vuestra comunidad y por él he recibido una prueba de cómo vuestro amor para conmigo es según Dios, y he dado gracias al Señor, pues de verdad he conocido que, como ya me habían contado, sois auténticos imitadores de Dios.

En efecto, al vivir sometidos a vuestro obispo como si se tratara del mismo Jesucristo, sois, a mis ojos, como quien anda no según la carne, sino según Cristo Jesús, que por nosotros murió a fin de que, creyendo en su muerte, escapéis de la muerte. Es necesario, por tanto, que, como ya lo venís practicando, no hagáis nada sin el obispo; someteos también a los presbíteros como a los apóstoles de Jesucristo, nuestra esperanza, para que de esta forma nuestra vida esté unida a la de él.

También es preciso que los diáconos, como ministros que son de los misterios de Jesucristo, procuren, con todo interés, hacerse gratos a todos, pues no son ministros de los manjares y de las bebidas, sino de la Iglesia de Dios. Es, por tanto, necesario que eviten, como si se tratara de fuego, toda falta que pudiera echárseles en cara.

Mis pensamientos en Dios son muy elevados, pero me pongo a raya a mí mismo, no sea que perezca por mi vanagloria. Pues ahora sobre todo tengo motivos para temer y me es necesario no prestar oído a quienes podrían tentarme de orgullo. Porque cuantos me alaban, en realidad, me dañan. Es cierto que deseo sufrir el martirio, pero ignoro si soy digno de él. Mi impaciencia, en efecto, quizá pasa desapercibida a muchos, pero en cambio a mí me da gran guerra. Por ello, necesito adquirir una gran mansedumbre, pues ella desbaratará al príncipe de este mundo. Os exhorto, no yo, sino la caridad de Jesucristo, a que uséis solamente el alimento cristiano y a que os abstengáis de toda hierba extraña a vosotros, es decir, de toda herejía. (De la Carta a los Tralianos)